

Sobre caballitos festeros (zamalzain, etc.) del País Vasco y sus relaciones

Prof. Dr. JOSE M. GOMEZ-TABANERA

Desde tiempo inmemorial, prácticamente desde la incorporación a la cultura humana de las llamadas *artes rítmicas* y con ellas la danza como expresión simbólica adquieren particular trascendencia las llamadas danzas de animales, cuyo transfondo indudablemente hay que remontar a la llamada Edad de Piedra, en la que tienen particular vigencia, sobre todo entre comunidades de cazadores, nutriéndose la mayoría de las veces en ideales *animistas* y *totémicos*, que, a fin de cuentas, constituyen el sostén de la experiencia religiosa del grupo, más o menos troquelada por el *chamanismo*. En ese tipo de danzas, ya individuales o solistas, ya colectivas, suelen dominar independientemente de una inspiración mágica, mediante imitación de los movimientos de animales que se pretende figurar, máscaras o indumentarias con las que se pretende una mejor aproximación a la realidad.

El estudio del *arte paleolítico*, tanto mobiliario o mueble (que se expresa mediante grabado y pintura sobre objetos portátiles), como en el arte rupes- tre cuaternario, contenido en las pinturas y grabados de los llamados santuarios paleolíticos (por lo general cuevas de formación cárstica en caliza de montaña) ha permitido conocer documentos excepcionales al respecto, independientemente de que hoy por hoy se pueda saber exactamente el sentido de muchas de las representaciones coreográficas que han llegado hasta nosotros, pese a que en su mayoría se vea en las mismas una significación ritual, vinculada quizá a determinadas creencias y concretos ideales.

Entre las representaciones figuradas que han llegado hasta nosotros desde la Edad de Piedra, adquieren particular relieve algunas en las que parece imponerse la figura, a veces mixtificada, —se podría hablar de *centaurización* del *Equus Caballus L.*— en las distintas variedades étnicas y razas que pudo conocer el hombre prehistórico, adquiriendo particular relevancia desde la cornisa astur-cantábrica a los Pirineos y dando vida con el tiempo y al enquistarse el ritual en diversos estratos culturales o formas sucesivas de civilización, a partir de las Edades del Metal, asumiendo rituales particulares, que supone la intervención en los mismos, sobre todo si son celebraciones estacionales, de «démones» de la naturaleza y la vegetación, bajo formas animalísticas, —anteriormente las de los animales más significativos de su economía

venatoria-, y ahora quizás son réplica de ideales que en Grecia darán vida a los llamados *kallikantzaroi* y en el Subcontinente índico a los llamados *Gandharva*.

Entre éstos, cabe incluir a los llamados *Hobby Horses* que emergen muy posiblemente desde el ritual indo-europeo a la Europa pagana, llegados con los celtas y aculturándose al Cristianismo, junto con otras representaciones que merecen la repulsa de San Paciano, Obispo de Barcelona (circa 370), de San Agustín, (circa 400), de Cesareo de Arles (circa 480), etc., etc., al ver en los animales y caballos festeros, y máscaras animalistas pervivencia de divinidades paganas como Cernunnos y otros. En la misma línea estarán las predicas admonitorias de San Isidro de Sevilla (circa 636), contra las representaciones animalísticas que se hacen en las Kalendas de enero y diversos prelados anglosajones en torno a pantomimas en las que figuran caballos y bóvidos festeros a la vez que enmascaramientos animales de carácter carnavalesco.

Surge así de los oscuros años mediavales el caballito festero de la España nórdica y Pirineos, entre enmascaramientos y pantomimas, como la de los *Zalmazain* y *Kaskarot*, vascos, cuya indumentaria, con sus apliques, broches, perlas, etc., quizá pretende evocar otras sagradas, endosadas por los viejos chamanes, en su día y en las que no faltaron decorándolas cabecitas recortadas en hueso o asta de caballos, ibices o sarríos de muy posible inspiración totémica, similares a los que han desvelado diversas prospecciones prehistóricas en yacimientos paleolíticos, ya de la cornisa astur-cantábrica, ya del País Vasco hispano-francés.

Una obra póstuma de la finada folklorista inglesa Violet Alford, y que puede ser editada merced a su revisión por Margaret Dean-Smith (Londres 1978) titulado «The Hobby Horse and other animal masks», libro que pese a sus lagunas es realmente apasionante, apunta ya la difusión que conoció en Europa, la figura del Hobby Horse, a partir del siglo IV, su posterior incorporación a la tradición popular y la particular relevancia que adquiere desde el siglo XVI hasta hoy, al asumir en su figura goliarda y zaragatera toda una serie de fantasías y ensoñaciones. En dicho libro se enumeran ya numerosas representaciones equinas y de otros animales, que han hecho suyas el folklore de distintos pueblos europeos y que hoy encontramos en concretas celebraciones. Así, por ejemplo el llamado *zalmazain* del País Vasco, que se hace imprescindible en los carnavales de Soule, o en figuraciones menores y bastardeadas, con ocasión de festividades pamplónicas. Así también diversas «cabalgadas», a lo largo y a lo ancho de la Península, pero también en el temario de viejos autos y representaciones mediavales, en los orígenes del teatro popular europeo y que logran una inmensa aceptación (Le Cheval Bayard de Bruselas, el «Doudou» de Mons, los «Chivau Frus» de Brignoles, Provenza, el «Krakaudorf Hobby» de Austria, los *chibalets* de Montpellier, etc. etc.).

En España tales representaciones abundan en virtud casi siempre de particulares circunstancias. La expansión de los llamados Reinos de la Reconquista los llevaría a los más diversos ámbitos, institucionalizando su figura, que incluso acompañará en ocasiones a los Gigantes y Cabezudos, tarascas y diversos engendros profesionales. Ahí está, pongamos por caso Felanitx, Mallorca donde sabemos que las danzas de caballitos (*Els cavallets*), se imponen a partir de 1603 con la llegada a la isla de los Agustinos, incorporándose a las procesiones del *Corpus Christi*.